

¿POR QUÉ ESTAMOS EN GUERRA LOS COLOMBIANOS?

Ricardo Mosquera Mesa*

En relación con el fenómeno de violencia que vive el país, hoy se reconoce que estamos en guerra y, lo peor, que avanzamos hacia una peligrosa polarización entre extremas, en medio de las cuales se encuentra una “sociedad civil”, que entre intimidada y escéptica, espera un nuevo rumbo y una mejor suerte para los próximos años. Se dan varias interpretaciones y puntos de vista llegando a convertirse en obligada referencia para políticos, analistas, investigadores, académicos y gente del común.

La violencia debe ser abordada desde una perspectiva interdisciplinaria y como un fenómeno multicausal que tiene sus raíces más profundas en las guerras, sublevaciones y enfrentamientos que originó nuestra colonización y más tarde la lucha por la independencia y la consolidación como República. Sin embargo, el propósito de este ensayo es analizar otras facetas de la violencia como realidad presente y como manifestación de un pasado que ha venido acumulando desigualdades, frustraciones y desesperanzas, que no sólo nos acorrala y amenaza, sino que puede colocarnos en el terreno de la indiferencia o, lo que es peor, del fatalismo y la pérdida de opción de una vía civilista y democrática para Colombia.

INGRESOS Y CRECIMIENTO

En primer lugar, la violencia como producto de factores estructurales nos remite a un modelo de desarrollo que es triplemente concentrador: de medios de producción, del ingreso y del espacio (en términos urbanos y rurales).

Ya desde la mitad de este siglo, las propuestas de la CEPAL se inscribían dentro del marco amplio de la necesidad de combinar la distribución del ingreso con el crecimiento económico, procurando erradicar la pobreza en la periferia mediante esquemas de reordenación de los recursos, que implicaban políticas de redistribución fiscal y la administración de precios de factores y productos, hasta reformas de la propiedad de los medios de producción y la apropiación de los ingresos. A casi cuatro décadas de aquel diagnóstico, la mayoría de los países de la región latinoamericana acusan severas crisis económicas, sociales y políticas que han puesto en entredicho los mecanismos del crecimiento económico y del progreso social.

En el caso de Colombia, el fenómeno de la concentración de los medios de producción ha ido de la mano con la concentración del ingreso. Hoy nos encontramos con que de los 1.150 dólares per cápita que le corresponden a cada colombiano del Producto Interno Bruto (PIB) ó

* Economista. Rector de la Universidad Nacional de Colombia.

345.000 pesos, seis millones de personas (20% de la población más pobre) sólo percibe \$43.125 anuales, equivalentes a \$120 diarios. En el otro extremo, 20% de la población más rica percibe más de un millón de pesos, casi unos \$3.000 diarios.

La brecha ya es demasiado grande: en un extremo se acumula pobreza y en el otro riqueza, incluyendo un muy pequeño porcentaje que disfruta de una riqueza absoluta (1). Además, el modelo es inefficiente en términos de productividad, como lo demuestra el hecho de que en 1950 tuviésemos un Producto Interno Bruto per cápita de US\$949, colocándonos por encima del Brasil (US\$637) y Japón (US\$810); pero en 1985 los US\$1.878 ya nos colocan por debajo de esos países, y de otros de igual desarrollo relativo como Venezuela, México, Uruguay o Argentina (2). En materia de exportación de productos manufacturados, estamos aún más por debajo de esos países, donde se ha desarrollado un proteccionismo estatal que nos impide ser competitivos, excepto en exportaciones tradicionales.

El modelo de concentración también se expresa en términos espaciales. Según el último censo, en el 31% de los 1.017 municipios colombianos (319 municipios) más de tres cuartas partes de la población se encuentran clasificados como pobres, es decir, que exhiben necesidades básicas insatisfechas. En situación inversa, sólo el 75% de las personas en 13 municipios tiene satisfechas sus necesidades básicas (Envigado, Sabaneta, Floridablanca, Itagüí, Bucaramanga, Cajicá, Manizales, Bogotá, Bello, Armenia, Medellín y Duitama). En los niveles de pobreza absoluta están 16 municipios con el 100% de las necesidades básicas insatisfechas (3).

Si a una inequitativa distribución del ingreso y al monopolio en los medios de producción se

agrega una concentración territorial, el fenómeno social se torna francamente explosivo.

URBANIZACION Y VIOLENCIA

Un segundo factor de violencia es el proceso de urbanización que ha experimentado la región de América Latina. En las últimas décadas se ha observado un mayor crecimiento de las ciudades, particularmente las capitales. Al concentrar el mayor número de su población en unas regiones, se presenta la macrocefalia urbana, como en el caso de Ciudad de México, para ilustrar la situación más crítica.

En los últimos 35 años, Colombia pasó de ser un país típicamente rural a un país urbano. Según el último censo, de los 27,6 millones de colombianos, el 68% se clasifican como urbanos (vivían en una ciudad de más de 20.000 habitantes) y el 32% restantes como rurales. Entre ellos, 12.6 millones de personas se consideran con necesidades básicas insatisfechas y 6.2 millones como personas que se debaten en la miseria absoluta. Nótese cómo esta transformación radical de nuestro país va a incidir de manera directa en "la crisis urbana". Esta se manifiesta en por lo menos tres aspectos:

1. Crisis de los servicios urbanos (vivienda, equipamientos colectivos, transporte). Estos, que se denominan los medios de consumo colectivo, empeoran la situación de los sectores populares y deben ser suministrados por el Estado, pues no son rentables desde el punto de vista de la ganancia del capital privado, y ello hace que sean insuficientes, caros y de pésima calidad;
2. Crisis de una cierta forma de espacio. El crecimiento de las ciudades, el gigantismo exhibido en algunas, el desarrollo desigual entre regiones y entre la ciudad y el campo, y la segregación urbana, implican la formación de monstruosas aglomeraciones humanas, donde cada movimiento, cada gesto de la vida cotidiana, se convierte en un real peligro o en una auténtica carrera de obstáculos;
3. Crisis de un cierto modo de vida. El anonimato, la impersonalidad, la carencia de soli-

1. Ver Miguel Urrutia, *Los de arriba y los de abajo*, CEREC-Fedesarrollo, Bogotá, 1984, p. 149. Y Joaquín Vallejo Arbelaez, *El Tiempo*, 22 de noviembre de 1988.
 2. Ver José A. Ocampo y E. Sarmiento, *¿Hacia un nuevo modelo de desarrollo?: Un debate*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1987, pp. 15-19.
 3. Ver, *Memoria al Congreso Nacional 1987-1988*, DANE, pp. 103-104.

daridad, la inseguridad, etc., no son sólo la consecuencia de ese desarrollo urbano anarquizado, sino de las relaciones de un capitalismo salvaje que fomenta el individualismo, la competencia y la ley del más fuerte en esa selva denominada ciudad (4).

En estas nuevas urbes también se irán a incubar las bandas de maleantes, prostitutas, gamines, y de todo el subproducto de ese proceso de marginación social surgen también los delitos contra la vida, la propiedad, la integridad personal, la drogadicción y toda suerte de degradaciones que con una reflexión puramente ética y moralista tratan de eliminar las Fundaciones de Amor o de limpieza a esas mismas ciudades.

LAS NARCOEXPORTACIONES

Un tercer factor de violencia se presenta con el surgimiento de las exportaciones ilícitas de estupefacientes, mucho más rentables que las tradicionales (café, textiles, materias primas) y generadoras de un nuevo actor social que se ha enriquecido como producto de la venta de coca a otros mercados del mundo.

Ello ha llevado a la existencia de lo que algún ensayista denominaba “la irrupción de un nuevo empresario, cuyos millonarios ingresos requieren unos altos gastos de funcionamiento: costos de seguridad, pago de sobornos, generación de grupos de seguridad propios”, que provocó una actitud de rechazo por parte de la clase empresarial tradicional, debido a la naturaleza ilegal de sus actividades e incluso por su origen social.

La batalla por ganarse un espacio social y político de estos nuevos actores ha dado origen a una nueva clase social que recurre a la combinación de todas las formas de lucha para emerger en la sociedad colombiana. Surge así una reacción que los hace unificarse frente al Estado, a las élites dirigentes que los quieran mar-

ginar y al mismo tiempo agrupamientos internos (Cartel de Medellín, Cartel de Cali), que luchan contra lo que les impide entrar en sociedad. Aparecen entonces los métodos de coacción más eficientes que crean sus propias fuerzas de seguridad, y el personaje más nefasto, el sicario —el asalariado de la muerte—, cuyo único fin es liquidar a quien impida el libre accionar de esta acumulación ilícita. De ello hay claras evidencias en la violencia que vive el país. Sus enfrentamientos entre sí, contra particulares y contra el propio Estado, continúan incrementando la cuota de muertos en Colombia.

Se ha hablado de una posible alianza de narcotraficantes con guerrillas, donde unos aportan las armas y los otros el capital, incluso manteniendo el monopolio de ciertas zonas.

LA VIOLENCIA POLITICA

La violencia política es otro factor de enfrentamiento radical entre grupos que se arman para acceder al poder y le declaran la guerra al Estado y a su clase dirigente. Esta forma de acción tiene en Colombia los antecedentes de la violencia liberal-conservadora. Luego se expresó en guerrillas de orientación marxista con clara ideología de izquierda. En las tres últimas décadas llevó al fortalecimiento de las FARC y al surgimiento del ELN, el EPL, el M-19 y otros grupos que han puesto una cuota considerable de muertos, unas veces en actos típicos de guerra y de enfrentamiento con las fuerzas militares y de policía y otras recurriendo a actos de terrorismo e intimidación. Desafortunadamente para la propia suerte de sus inspiradores, esa violencia tuvo una respuesta también violenta de grupos paramilitares que decidieron hacer justicia por sus propias manos. Esta lucha irracional ha hecho víctimas a poblaciones enteras, incluso sometidas al asesinato colectivo e indiscriminado, y determinó el surgimiento de agrupaciones tenebrosas como el MAS y Muerte a Revolucionarios del Nordeste Antioqueño, que con tal de eliminar a los “comunistas” no reparan en ancianos, mujeres y niños. Si los grupos de inspiración izquierdista surgieron como respuesta a la violencia terrateniente y del Estado, hoy los terratenientes, los

4. Ver, Ricardo Mosquera Mesa, *La ciudad latinoamericana: Un caos organizado*, Edit. Presencia, Bogotá, 1983, pp. 43-44.

“nuevos ricos” y otros sectores intransigentes armaron sus mercenarios y responden con su propia violencia.

Cuando García Márquez se preguntó ¿en qué país morimos?, prologando el libro *Colombia y otras sangres*, recuerda que el autor habla de los cadáveres que bajan por el río Magdalena, ya descompuestos, y que “en una aldea fueron exterminados todos los hombres”, que “sus viudas con los niños pasan las noches en los montes vecinos desvelados por el terror...”. El Nobel expresa su asombro sobre la forma como “un campesino que logró escapar de una matanza empezó su relato con una frase que barrió de un solo trazo a muchos años de literatura tremenda: ‘los muertos fuimos cinco’ ” (5).

¿Será el realismo mágico del novelista? ¿Es la realidad que se vive en nuestro país?

EL MONOPOLIO DE LAS ARMAS

Tanto en el presente como en el pasado, el gobierno ha formulado propuestas de paz y de diálogo que no encuentran eco. Unas veces se considera que no son viables por no reconocer antagonistas; otras porque suponen a la guerrilla políticamente derrotada o, en últimas, porque se cree frustrada la capacidad de transformación de las bases objetivas de la violencia. Aquí es conveniente reconocer que la última propuesta de paz del Gobierno Barco generó una positiva expectativa, cuando ya todo se consideraba perdido, al replantear un procedimiento político.

Hay quienes las juzgan ingenuas, no sólo porque no hay recursos económicos suficientes para el Plan de Rehabilitación y para resolver los problemas del empleo, la salud y la educación, sino porque se considera que previamente se debe derrotar al contendor político.

No cabe la menor duda de que “la paz también la pueden imponer o conquistar quienes no

están en la guerra”, pues “a la violencia de hoy sólo se la puede superar a partir de un proyecto democratizador de la sociedad” (6) y de una voluntad política de la clase dirigente para transformar radicalmente el país.

Hoy la lucha por la paz, como hace siete años con Alfonso López (“La paz es liberal”), o hace tres lustros con Alvaro Gómez (“Alvaro es la paz”), no puede ser una simple consigna retórica, o un sueño seductor. Tampoco podemos hablar de un gran propósito nacional preparándonos para la guerra y justificando la “combinación de todas las formas de lucha”. Si de veras queremos la reconciliación nacional y el diálogo como compromiso histórico no bastan las cartas y pronunciamientos reiterados sobre las bondades de la paz. Ello como lo expresó Bernardo Jaramillo dirigente de UP en el Foro de Ibagué implica que el movimiento insurgen te dé pasos precisos y serios para aclimatar el ambiente de diálogo. “Nosotros estamos convencidos de que la continuación de los atentados terroristas a oleoductos, a las torres de energía y a los centros de producción del país no contribuyen para nada al ánimo de paz de los colombianos. Estamos convencidos de que el secuestro y la extorsión no son mecanismos de lucha política, ni aquí ni en ninguno de los países de América Latina donde se está librando un conflicto armado” (7).

Pero este es un compromiso que debe involucrar no sólo a los protagonistas de la guerra, sino a los partidos políticos y a las fuerzas vivas de la nación, proceso que no es posible ni viable en el corto plazo. Es preciso que las Fuerzas Armadas y de Policía se comprometan efectivamente a garantizar la honra, vida y bienes de todos los ciudadanos dando una lucha frontal al paramilitarismo, exacerbado en los últimos años, y también reconocer que sólo el Estado legítimamente constituido debe monopolizar el ejercicio de las armas.

Como universitarios nos corresponde formar una juventud que no sólo se limite a recibir unos conocimientos científicos, técnicos, prag-

5. Ver, Germán Santamaría, *Colombia y otras sangres*, Edit. Planeta, Bogotá, 1987.

6. Ver, Revista *Análisis Político*, No. 5, septiembre-diciembre de 1988, pp. 97-103.

7. *El Tiempo*, “Perestroika en la UP”, 28 de febrero/89, p. 5A.

máticos, actualizados, es decir, instruida, sino formar hombres con carácter y valores éticos que se realicen como personas integrales, útiles a la sociedad, aptas para la convivencia. Necesitamos formar un elenco de cuadros científicos y técnicos comprometidos con su nación, con su pueblo y con los cambios de fondo que se deben operar en nuestra estructura socioeconómica y política. Unos jóvenes capacitados y humanizados que conozcan su entorno social, su historia, su cultura y al mismo tiempo puedan asumir los retos que imponen los tiempos modernos.

Una educación para la democracia y la convivencia que debe iniciarse en la escuela y continuar en el colegio y en la universidad; que no se quede en la transmisión pasiva de conocimientos en ciencias, artes y tecnologías para un hombre deshumanizado, pobre en metas y carente de ideales. "... Un hombre sin libertad, aunque ese hombre pueda vociferar y echar piedra y amenazar con su acción los basamentos mismos de la empresa donde trabaja y de la sociedad contra la cual conspira. Sin libertad, porque la libertad implica la elección racional y ponderada de metas y caminos. Y si damos Ciencia y Tecnología a hombres deshumanizados, tendremos como consecuencia una Ciencia y una Tecnología también deshumanizadas. Y a la larga tendremos el mundo que hoy vemos levantarse con horror, con angustia y con asombro" (8). Un mundo violento y anarquizado.

8. Ver, Eduardo Santa, *La crisis del humanismo*, Edit. Tercer Mundo, Bogotá, 1988, pp. 76-77.